

Por una disciplina del “quizá”

Para uma disciplina do “talvez”

NAVA Murcia, Ricardo. **Deconstruir el archivo: la historia, la huella, la ceniza.** Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2015. 167 p.

Alfredo Nava Sánchez

PALABRAS-CLAVE

Arquivo, Desconstrucionismo, Teoría da historia

KEYWORDS

Archive, Deconstruction, History Theory

Declaro el lugar desde donde puedo leer y dar cuenta del libro de Ricardo Nava. Un converso reciente en el estudio y lectura de lo que, dentro del medio historiográfico, se denomina “teoría de la historia”. Conversión derivada, en primer lugar, de sus efectos reflexivos, que pueden llevar – según mi parecer – a entender la disciplina historiográfica como una forma alternativa de conocer la vida propia y sus alrededores. Hacer historia también puede ser un ejercicio de comprensión personal y, por extensión, de los que le rodean a uno. Ciertos trabajos que se reconocen dentro de una línea teórica no dejan duda de que todo texto historiográfico tiene una perspectiva que, necesariamente, contempla a su autor y los contornos de su vida. Determinar, por ejemplo, los límites y las coordenadas de una narración histórica es una manera muy personal y explícita de construir su sentido. Y en los trabajos de historia, el sentido ha sido un tema casi exclusivo de la teoría; y sí no, de una compañera muy cercana, la filosofía.

En segundo lugar, tal conversión tiene que ver con la situación actual de la historia como disciplina y profesión, así como lo que de ella pueda dar cuenta una perspectiva teórica.

Una muestra de esto es el cuestionamiento de la homogeneidad de sus caminos para llegar al conocimiento histórico. A pesar de los múltiples esfuerzos por mantener la unidad de procedimientos, teorías, campos y problemas, una reflexión con mayor profundidad de las formas de producción historiográfica ofrece la dispersión, la falta de acuerdos, la heterogeneidad, las contingencias y la ambigüedad. Sobre todo cuando en el centro de esas reflexiones sobre las operaciones epistemológicas de la historia se desplazan las interrogantes del “qué” al “cómo” surge el conocimiento histórico (BETANCOURT 2016).

Tal vez haya sido Michel de Certeau quien, en un último esfuerzo, trató de distinguir en sus prácticas lo propio del conocimiento histórico. En *La escritura de la historia* y, particularmente, en el artículo “La operación historiográfica”, planteó su unidad en un proceso de tres momentos que incluyen el espacio y las prerrogativas que la sociedad otorga a la actividad profesional de la historia, el conjunto de herramientas que distinguen su ejercicio y, finalmente, el medio de su comunicación, la escritura. En el momento de la dispersión, de Certeau intentaba salvar la unidad epistemológica de la historia (CERTEAU 1993, p. 67-120).

En la vereda en la que se publica el libro de Ricardo Nava, la de la historiografía mexicana, la particularidad de la labor del historiador tiene otros rasgos. La ilusión generalizada de su unidad epistemológica y metodológica está dada por la acepción más tradicional del archivo. Éste, o para ser más preciso, el trabajo en el espacio así nombrado, sigue siendo uno de los elementos que distinguen como ningún otro el ejercicio profesional del historiador. En su formación, son comunes todavía las recomendaciones de los profesores para que los alumnos consideren el archivo como la fuente principal de la materia prima con la que se trabaja en historia. Bajo estos presupuestos el archivo es la “mina” de un pasado disperso que es necesario descubrir y después amalgamar para desvelar su valor esencial. En este caso, el historiador es solo el intermediario que da a conocer un pasado apilado en cientos de legajos.

Pero en otras veredas, en aquellas que con más fuerza anuncian la contingencia, que denuncian la ilusión del engaño y el engaño de la ilusión, que declaran lo invisible, a propósito de eso que tal vez todavía puede llamarse historia, está la reflexión de Ricardo Nava, cuyo punto de partida es la pregunta de si es posible pensar históricamente el archivo – es decir, pensarlo de otra manera. Que también es una pregunta por el archivo como referente, según la historia empirista que recurre a él en búsqueda de evidencias del pasado. La respuesta que da Ricardo Nava a esta pregunta sigue de manera estrecha las indicaciones de Jacques Derrida. Aunque este sesgo es en realidad el marco que propicia un diálogo con otros autores, cuyos argumentos le sirven igualmente para proponer una identificación alternativa del concepto de archivo en historia: Michel Foucault, Michel de Certeau, Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, Fernando Betancourt y Alfonso Mendiola. Y aun otros identificados en campos ajenos a los de la historiografía o la filosofía: Jorge Luis Borges, Eduardo Halfon, Paul Auster y *Los Beatles*.

Las tres palabras que sirven de marco al título del libro –la historia, la huella, la ceniza – son la síntesis de su perspectiva, en la que la historia puede definirse como "una disciplina del quizá". Una contradicción, por lo menos con aquella historia a la que estamos más acostumbrados, si entendemos que el objeto de ésta es el pasado en su referencia más precisa y delimitada, por sus materiales y por sus fechas. Sostenida por su inspiración en el trabajo de Derrida, la línea del libro de Ricardo Nava postula que el archivo puede ser siempre algo distinto, y no necesariamente el recipiente de conservación del pasado que espera por su historiador. Lejos de la certidumbre que proporciona su significado habitual, el archivo puede llegar a ser lo incontrolable, que se presenta en puntos intermedios, sin fronteras evidentes y que abre la posibilidad persistente de ser siempre otra cosa. Desde un punto de vista derridiano, el archivo sería una construcción permanente, invadido por la incertidumbre propia del mal que le es inherente, y que se sintetiza en la contradicción de que para conservar precisa

destruirse. Se acopia y protege solo aquello que se sabe finito y en riesgo constante de perderse.

El camino por el que transita el autor está conformado por tres paradas principales y otras al interior de ellas. Se trata de un libro de puntos intermedios cuya primera parada comienza por la deconstrucción de la definición común y contemporánea del concepto de archivo, según los historiadores. Una vez su sentido ha sido puesto en suspenso, la segunda parada recoge los restos y da paso a la "diseminación", es decir, a la posibilidad de otros significados del archivo. A manera de cierre, la tercera recoge lo que este procedimiento puede ofrecer a la disciplina historiográfica: "una reflexión crítica del concepto de archivo, como un paso anterior a las discusiones respecto al problema del análisis y la crítica de fuentes" (NAVA 2015, p. 123). La incertidumbre, la contingencia, el límite, la diferencia, la pulsión de muerte pero particularmente la ceniza son las marcas de los puntos intermedios. Después del fuego de la deconstrucción queda solo la ceniza del concepto archivo.

En la primera parte, la inclinación derridiana de Ricardo Nava lo lleva a proponer "desarchivar el archivo". Cuestionar, en otras palabras, la transparencia del sentido con el que tradicionalmente se trabaja en historia y que, en la práctica, responde a la representación que lo define como el espacio de conservación del pasado y de sus anexos: papeles, cintas, formatos, memoria, pero sobre todo de datos para el historiador. En su sentido común, las paredes de este lugar sirven también de marca para diferenciar como pasado lo que está dentro de ellas y como presente lo que está fuera. Esta separación ha identificado el terreno "natural" de trabajo del historiador.

Por el contrario, la perspectiva de Ricardo Nava propone otras formas de análisis en donde esa seguridad resulta eventual y su evidencia evanescente. Propone dar cuenta de lo que reprime este concepto de archivo, descubrir sus "ocultamientos", los fantasmas que develan una forma de pensar que puede ser otra y que pudo no haber sido. La representación que refiere el concepto vigente de archivo tiene límites que es necesario

precisar por medio de la crítica histórica para dar paso a la posibilidad de otros sentidos, en los que se incluyan otras formas de archivos, pero también otros formatos. En una reflexión contemporánea sería posible preguntarnos sobre otros medios de comunicación del conocimiento y los formatos en los que se "archiva". ¿Qué ha originado pensar y conocer bajo las coordenadas de lo digital, lo virtual y lo oral? ¿Nuestras ideas sobre la memoria y el olvido se han visto modificadas por ello? ¿Cómo se archivan estos formatos y bajo qué criterios?

Ricardo Nava promueve una reflexión sobre el archivo que se extienda por encima de las paredes de la academia, que incluya más explícitamente "la vida", así como la memoria y el olvido según fueron tratadas por el psicoanálisis de Freud. Ambas explican la posibilidad de lo que hoy puede ser el archivo, un acto que ocurre "en la escritura, repetición y pérdida" (NAVA 2015, p. 27). El archivo como índice de la memoria.

El final de la primera parte abre la posibilidad de hallar nuevos sentidos del concepto archivo desde otras formas de pensar históricamente – que para Nava sería también críticamente – las certitudes del presente. Con ello el autor encamina la idea derrediana de diseminación, que ahonda más todavía en la plurivocidad de los significados de un concepto. Esta infinitud del sentido sería el impulso sustancial de todo conocimiento si se piensa la diseminación como otra manera de llamar a la incertidumbre. Conocer sería una vía de hallar seguridad, de imponer un control sobre lo que una y otra vez se escapa. Es el anhelo de resolver una angustia sin final, la que desea "recuperar lo que tampoco se puede recuperar jamás porque nunca se tiene." Es un movimiento recurrente y sin término, muy parecido al fracaso repetido que Samuel Becket ofrecía en uno de sus poemas como forma de vida ante la inevitabilidad del sufrimiento y la muerte: "Todo de antes. Nada más jamás. Pero jamás tan / fracasado. Peor fracasado. Con cuidado jamás/ peor fracasado./Luz tenue fuente por saber. Saber lo mínimo./ Saber nada no. Qué más quisiera. Como mucho/lo mínimo mínimo. Lo mínimo minimísimo" (BECKET 2001, p. 9-10). Vivir

la vida sin la certeza de una meta que asegure su armonía y la eternidad. Destinerrancia, diría Derrida: ir a la deriva, sin destino. "Al equivocarse, no todo está perdido, ya que el equivoco, el sin destino, con destino forja" (NAVA 2015, p. 81). El conocimiento no como materia proclive a la posesión sino como incertidumbre permanente, fantasma inaprensible.

Pero en este camino sin principio y sin fin merodea el relativismo y sus críticos. Pretendiendo responder a ellos, y a la tentación de la salida metafísica, Ricardo Nava se concentra en repasar la tesis derridiana sobre el signo – particularmente de su materialidad– como marco de posibilidad del conocimiento. A partir de ello sostiene que la escritura se encontraría siempre en una situación inferior o subordinada a la voz para cumplir su labor comunicativa. Derrida insistía en que las formas tradicionales de elaboración y transmisión del conocimiento se arraigaban en un sistema binario de raíz metafísica, que podría definirse como "logofonocentrico". Asegurando que todo binarismo – los que se han convertido en doctrinas epistemológicas, el estructuralismo sin duda – conlleva un orden jerárquico, aquel sistema tendría la escritura como el elemento inferior que reproduce y necesita de la voz para cobrar sentido pleno. Separada de la voz, la escritura genera desconfianza. Por eso la insistencia en la hermenéutica y el privilegio dado a la palabra presente, pues la escritura es solo un intento de representarla. Es aquí en donde Derrida halla la metafísica del sistema. Ese más allá apela a una presencia intangible que sin embargo resulta esencial para la comunicación.

A este diagnóstico, Derrida – en palabras de Ricardo Nava – opone otra escritura, una que se basta así misma en su condición material y tangible. El argumento que la sostiene es que la experiencia y el conocimiento están sustentados más en la materialidad del signo que en elementos conceptuales. Esta materialidad, que Derrida trata como huella, es siempre la posibilidad de algo. Se trata de un incentivo no solo para pensar sino también para experimentar el mundo. Apoyado en ello, propone una "archiescritura", que podría definirse como

un sistema de signos – un conjunto de materialidad – puesto a la deriva. Un sistema abierto al momento y a la experiencia, en donde la certidumbre de un binarismo cuyo sentido está más allá desaparece para dar paso "al equivoco, la muerte y la ausencia", centradas en el más acá de la perdurabilidad y la repetición del signo. La iterabilidad del signo, es decir la cualidad de repetición que le permite su materialidad – incluso más allá de su productor –; así como el espacio y la incertidumbre que introduce el acto mismo de su inscripción, fundan la "archiescritura".

La interrogante no se resiste ¿cuál sería el ejercicio de esa escritura en el campo de la historia? Al final de esta segunda parada, Ricardo Nava ciñe sus cualidades no a su dimensión pragmática sino a sus virtudes reflexivas, que abren una oportunidad para pensar y hacer historia desde otro lado. Y que, en otro aspecto, permiten el cuestionamiento de las convicciones más arraigadas de la historiografía de los hechos, la objetividad y la imparcialidad. O de aquella que promueve el archivo que guarda el pasado en espera del historiador.

En la tercera y última parada, Ricardo Nava convoca los argumentos atrás expuestos – con un énfasis particular en el psicoanálisis y la idea de represión – para explorar las posibilidades de aplicar la deconstrucción derridiana al concepto de archivo hegemónico entre los historiadores. Esta tarea se completa con las glosas de Nava al artículo "Mal de archivo" del mismo Derrida. Mal cuyo síntoma sustancial es la paradoja que entraña la memoria y el olvido. El acto de archivar para conservar un mundo que dejó de ser supone necesariamente la fragilidad de éste, su fatal desaparición. El recuerdo no puede alcanzar por completo al mundo que desea restaurar, recoge solo lo que tiene a su alcance y produce olvido y muerte de aquello que deja fuera. En todo caso, lo que resta es la huella de lo que pudo ser, la ceniza que deja el fuego. Pensadas desde la historiografía y la propuesta de Nava, ambas llevan a la incertidumbre y a otros mundos. Es la iterabilidad del signo, de su materialidad, lo que da paso a formas de recuerdo distintas y por tanto a nuevos

archivos, incluso contradictorios unos con otros.

Finalmente, en medio de esta arbitrariedad que va del recuerdo al olvido, está lo que ella reprime, lo que queda fuera pero que vuelve latente en la huella. Ricardo Nava insiste en que el vocabulario psicoanalítico permite una reflexión más aguda para entender las omisiones y las repeticiones del ejercicio historiográfico. El recuerdo consciente, aquel que orienta la selección de los materiales que constituyen una forma de archivo, es solo un lado de una operación que al mismo tiempo conlleva un olvido inconsciente. ¿Qué criterio permite distinguir la inclusión y la exclusión en la constitución de los archivos? La represión en forma de silencio y omisión quedan registrados en la materialidad de la huella, que permite pensar de otras maneras aquello que se reprime. Ricardo Nava termina diciendo:

Para Derrida el psicoanálisis llama a revolucionar la problemática del archivo: impronta e imprenta, y permite pensar el almacenamiento de las impresiones y cifrado de las inscripciones; en otras palabras, la censura y la represión como la supresión de los registros[...] Mal de archivo permite pensar incluso que la pulsión de muerte atraviesa los archivos en el momento en que éstos reprimen acontecimientos, los borran, pero dejando siempre una huella de lo reprimido (NAVA 2015, p. 153).

¿Hacia dónde lleva el libro de Ricardo Nava? No hay duda de que a nuevas veredas para pensar y hacer otra historia. Lleva a un camino nuevo que demuestra que no existe una sola forma de entender y hacer historia. Que son tiempos idos aquellos en donde la tarea del historiador parecía reducirse a un solo trayecto, el del erudito que, confiado en su imparcialidad, acumulaba detalles sobre lo “verdaderamente acontecido”. El diagnóstico habla de diversidad. Ya no podemos afirmar incluso que la materia que define la disciplina histórica es exclusivamente el pasado, pues el presente es actualmente un campo fructífero de investigación historiográfica. Podría decirse, sin embargo, junto con Fernand Braudel, que es el tiempo la dimensión de estudio que distingue la labor del historiador. Pero desde un mirador distinto, existen quienes aseguran que

la historia es una disciplina que trabaja con la diferencia, con los límites que produce el tiempo y al tiempo mismo, y que son estos límites en los que debe centrar sus reflexiones (CERTEAU 1993, p. 82-100). Todo conduce a pensar que la homogeneidad del ejercicio historiográfico es un asunto insalvable, y el libro de Ricardo Nava es una constatación de ello.

La deconstrucción derridiana puede ser una alternativa historiográfica, y Ricardo Nava busca demostrarlo mirando desde ahí el concepto de archivo. El resultado es la propuesta de una historia como disciplina del "quizá". Muy diferente a la historia del erudito y sus certidumbres, el pasado siempre es un asunto del presente, de la memoria y sus huellas, por ello es indefinible y se encuentra permanentemente a la deriva. Es la materialidad de las huellas lo que imprime la contingencia y el objeto de trabajo del historiador. En su ejercicio de lectura o escritura, la materialidad del signo sugiere y orienta, pero nunca define; y es con ello con lo que el historiador tiene que trabajar. La propuesta de Ricardo Nava es crítica en tanto posibilidad de historias cuya sustancia no se origina de la necesidad sino de la contingencia. Es una historia que no mira hacia atrás sino al porvenir.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BECKET, Samuel. **Worstward Ho [rumbo a peor]**. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001.

BETANCOURT, Fernando. **Historia y cognición: una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas**. Cidade do México: Instituto de Investigaciones Históricas – UNAM, Universidad Iberoamericana, 2015.

CERTEAU, Michel de. La escritura de la historia. In: _____. **La operación historiográfica**. Cidade do México: Universidad Iberoamericana, 1993, p. 67-120.

AGRADECIMENTOS E INFORMAÇÕES

Alfredo Nava Sánchez

alfredonavasanchez@gmail.com

Pós-doutorante em História - Bolsista CAPES

Universidade Federal de Santa Maria

Av. Roraima, nº 1000, Cidade Universitária, Prédio 74A, Sala 104, (CCSH)

97105-900 - Bairro Camobi, Santa Maria - Rio Grande do Sul

Brasil

RECIBIDO EN: 06/03/2017 | ACEPTO EN: 20/12/2017